

El libro del trimestre

Mariano Moreno Villa: Cuando ganar es perder

Acción Cultural Cristiana, Madrid, 1997

Eduardo Martínez

Miembro del Instituto E. Mounier

En este libro Mariano Moreno nos ofrece una serie de reflexiones sobre el tema del neoliberalismo, sus presupuestos antropológicos (su modo de caracterizar la realidad humana) y sus consecuencias (globalización económica, dualización mundial, antihumanismo capitalista, etc.) tanto a escala global como en esferas regionales predilectas para el personalismo: el Sur latinoamericano, africano, asiático... incluso el Sur inserto dramáticamente en las cloacas de nuestras grandes y satisfechas ciudades norteamericanas.

Al provenir la mayor parte de la obra de trabajos dirigidos a su elocución, M. Moreno ha adaptado al estilo escrito las conferencias y ha elegido las que permitían una estructuración suficientemente sistemática de las siguientes ideas fuerza:

Denuncia del antihumanismo implícito en la ideología neoliberal capitalista (por mor de su raigambre egoísta, verdadera esencia del pensamiento utilitarista, liberal y capitalista, que fundamenta este pretendido «pensamiento único»).

Descripción de la crisis de la persona que acontece en este mundo de fines del siglo XX (rasgos de la cual son la ausencia de interioridad, de alteridad, y la extroversión objetual del hombre en vez de la conversión hacia la trascendencia del prójimo y de Dios).

Manifestación de la eminencia de la dignidad humana frente a cualquier otro elemento o conside-

ración, especialmente frente al materialismo dinerario y su reduccionismo criminal: «sólo existe lo susceptible de ser comerciado».

Crítica de las teorías desarrollistas como elementos dulcificadores y eufemísticos de las duras consecuencias provocadas por el capitalismo imperialista.

Proposición de una antropología personalista como principal fundamento de un sistema económico posible, cuya finalidad sea la consecución de las condiciones materiales de posibilidad para el reconocimiento efectivo de la dignidad humana, y el desarrollo personal de la humanidad a escala global.

El capítulo I («Europa: Filosofía e Ideología») analiza la construcción europea denunciando el solipsismo que afecta de raíz al movimiento europeo.

Desde Creta como origen histórico ya vinculado a la idea de riqueza material y a la de guerra (simbolizada por el Minotauro), pasando por Grecia y Roma y sus muy parciales formulaciones del ser humano (centradas en el concepto de ciudadanía, de identidad, y por lo tanto cerradas a cal y canto a todo posible requerimiento de la alteridad, que además es reputada de bárbara),¹ y el proyecto intelectual del Hegel que admira el imperialismo napoleónico, o del contemporáneo Husserl y su logocentrismo europeo como deseable destino común para todas las culturas del planeta, ve discurrir M. Moreno la

esencia permanente de lo que llamamos Europa: la consecución de un dominio técnico de la naturaleza, así como la sumisión y colonización de las otras culturas de nuestro mundo.

Si como decía Mounier² son las «sociedades del nosotros», las edificadas desde la base de la negación de los otros no pertenecientes a mi/nuestro grupo, modos de organización comunitaria humana pueriles, primarios y peligrosos, entonces debemos concluir que la situación de la llamada civilización occidental, y por ende la del mundo entero dada la primacía de ésta, es semejante a la de un niño caprichoso cuyo juego puede acabar en tragedia debido a su falta de conciencia moral, esa que nos hace percibir la realidad del otro hombre, del otro pueblo, de la otra raza o cultura, como digna *per se* y como peticionaria de mi respuesta en defensa de su valor y supervivencia.

Los capítulos II y III («Presupuestos básicos del neoliberalismo» y «Presupuestos antropológicos del liberalismo») es un repaso de las ideologías que constituyen la matriz del neoliberalismo actual, y del mismo concepto de hombre que todas ellas alcanzan a afirmar.

Se destaca en este punto el papel del liberalismo clásico, tanto en su faceta política (Locke) como en su faceta económica (Adam Smith, David Ricardo). Mientras son evidentes los logros del liberalismo

Los dogmas laicos de hoy

político (aunque no suficientes) son sangrantes las conquistas fraticidas alcanzadas por el liberalismo económico. Seguidores de esta tradición son los economistas contemporáneos de la Escuela de Chicago (con Milton Friedman a la cabeza) que cuentan con un refuerzo teórico renovado en la teoría de la justicia de John Rawls. El último epígono de esta secuencia es el inmerecidamente célebre Francis Fukuyama y su teoría (!) del final de la historia, acabose caracterizado por la democracia formal y la economía capitalista de mercado.

En cuanto al concepto de hombre que sostiene esta tradición intelectual hemos de decir con M. Moreno que se caracteriza por los siguientes elementos:

El hombre es plenamente en su individualidad, sin necesidad de recurso esencial³ a ser exterior alguno. Desde esta óptica se plantea la «subjetualidad» del hombre y su «yoidad» de un modo cerrado que jamás da cabida al otro en su horizonte.

El hombre es y vale por lo que tiene o por lo que es capaz de hacer. Por ello el hombre es «proletario», es «marginado», es «excluido», es «nadie», y finalmente, al ser tenido por «nada», es aniquilado sin piedad.

Nuestra situación actual, marcada por una grave crisis espiritual, es el punto necesario de llegada de los postulados defendidos por la tradición liberal. Pero lo más asombroso de esta crisis es la casi nula conciencia que de ella se tiene en los diferentes ámbitos sociales y, en los que la tienen, lo poco clara y distinta que es. Están por una parte los satisfechos, los que ven la feria desde arriba, los que se divierten, y para los que no existe más que un drama teatral (personajes y no personas son para ellos los actores del mismo) en el que no se ven implicados inmediatamente. Por otra parte están los que percibiendo la realidad de la crisis no la sienten en sus propias carnes, y

además son confundidos por la interpretación manipulada que de la crisis hacen los medios de comunicación de masas y las diferentes instituciones creadas por el Estado *ad hoc*.

En lo personal-comunitario, único ámbito de esperanza para una salida digna y humana, la crisis se manifiesta en los siguientes factores:

Crisis de la teoría (del estudio detenido y la reflexión) y de la praxis (de la acción comprometida a favor del Otro hombre).

Vertiginosidad de la vida que empuja a una concepción economicista del tiempo y a una avaricia respecto del mismo.

Alienación televisiva e institucional cuya más grave consecuencia es la muerte del ámbito comunitario (familiar, eclesial, asociativo...).

Ausencia de interioridad personal y, por lo tanto, de un verdadero proceso de autodescubrimiento y personalización.

Ausencia de alteridad debida al factor anterior: al no sabernos personas (al creernos individuos) no tenemos noticia de nuestra ineludible apertura al Otro humano (prójimo) y al Otro divino (Dios).

Extroversión en lo objetual como sucedáneo de lo projimal. No nos empeñamos en «ser con y para» los demás, sino en «tener más que» los demás.

Crisis de la Trascendencia: por no sabernos «hijos» tampoco podemos ver a nuestro «padre», y, por ende, nos está vedada cualquier

fraternidad debiendo conformarnos con un sucedáneo insuficiente como la tan manida solidaridad.

En el capítulo IV (El egoísmo como presupuesto ético del liberalismo) se hace un estudio histórico del carácter «egoísta» de la tradición liberal. Como ejemplos ilustres de proposición del egoísmo como pauta axial de la moralidad encontramos a Shaftesbury, Mandeville y Adam Smith, que esencialmente afirman que una especie de providencia garantiza la armonía de todos los egoísmos, y la consecución de un bien general compatible con el de todos los individuos. Frente a ellos coloca M. Moreno a Santo Tomás y a Emmanuel Kant. Ellos reconocen la vinculación de la estructura subjetual y yóica del hombre como elemento volitivo egoísta, pero niegan su virtuosidad, su papel central en el ámbito de la moral humana. A cierto egoísmo se le reconoce una efectividad positiva (evidenciada hoy por la psicología con su estudio de la autoestima), pero estos autores creen que lo esencial de la moral parece sin la prioridad –caracterizada de un modo diferente en cada autor– de lo Otro. Para Santo Tomás esta otredad se concretaba en Dios y en los prójimos como hermanos en tanto que hijos de Dios. Para Kant esta otredad se manifestaba en la heteronomía de la ley moral que el sujeto moral, autónomamente (por mor de su racionalidad), se daba y respetaba.

El capítulo V («Perder para el neoliberalismo es ganar en dignidad humana») da las claves de la nueva religión hoy imperante: el economicismo capitalista.

El economicismo capitalista, desde siempre, ha reprimido y negado la dignidad humana de las personas como paso primero hacia su opresión y explotación. Un ejemplo evidente de esto lo tenemos en el debate acontecido en España sobre la humanidad o animalidad de los seres hallados en las tierras del nuevo mundo.⁴ De un

Los dogmas laicos de hoy

lado los esclavistas y encomenderos –los protocapitalistas– pretenden la negación de la naturaleza humana a los indígenas para poder esclavizarlos sin obstáculos jurídicos o morales. Éste no es el caso más grave de la historia de la humanidad. Más grave es que ocurriera lo mismo en América del Norte y no hubiera debate alguno que denotara la más mínima preocupación por la dignidad humana del indígena; o que en la Alemania nazi se creara una compleja ideología xenófoba como legitimación del mayor genocidio que ha conocido la Historia.

El neoliberalismo se nos vende como pensamiento único, casi como religión única en este mundo descreído. Pseudoreligión, pues tal es la que no humaniza al hombre, la que no le permite esperanza más allá de infames cantos de sirena desarrollistas, la que trata como «nadas» a los que no saben, pueden, o quieren admitirla, la que se cuela alienadoramente en la conciencia de los hombres y los hace ser, al mismo tiempo, presas y verdugos de este drama.

El capítulo VI se dedica a la crítica del reformismo desarrollista. El conjunto de teorías que puede caer bajo esta denominación retratan la situación económica mundial como la de un ámbito en el que existen países que encontramos desarrolla-

dos, y otros que están subdesarrollados, o –atención al eufemismo–

más que ocultaciones de una innegable complicidad con el imperialismo. Lo que existen hoy son «países superdesarrollados» y países «infradesarrollados» por la acción explotadora de aquéllos otros. En esto coincide con los teóricos de la dependencia y se opone a las tesis dualistas (es la incompatibilidad entre los sectores capitalista y tradicional de un país la responsable del subdesarrollo), y etapistas (los países deben cumplir una serie de condiciones que posibiliten su «despegue» hacia el desarrollo, deben ser ayuda-

dos en este esfuerzo por los más desarrollados, y al final conseguiremos un mundo económicamente maduro constituido por «sociedades de consumo masivo».

La iglesia católica, con su mejor herramienta: el evangelio, tiene la potencialidad de obstaculizar esta masacre efectuada con los pueblos empobrecidos del Sur. A pesar de situaciones en las que el Evangelio fue traicionado por sus propios y supuestos defensores (nuestra iglesia es *casta et meretrix*) esto no deja de ser radicalmente cierto, como lo demuestran los miedos del capitalismo, y las medidas aliena-

doras que está tomando (propulsión de los sectarismos, de los horóscopos



«en vías de desarrollo». Para M. Moreno estas componendas no son

pos, de los telepredicadores; de todo aquello que fragmente al hombre y lo aleje de un proyecto de justicia universal como el cristiano católico).

El capítulo VII presenta las tesis centrales de la «teoría de la dependencia», con la que coincide M. Moreno y que opone al reformismo desarrollista.

El logro principal de esta teoría es estar estructurada como un intento de cambio radical, revolucionario y no meramente reformista. Hasta el esquema categorial que maneja refleja este fenómeno; aquí no se hablará más de «pobreza» sino de «empobrecimiento», no más de «vías de desarrollo» sino de «vías de liberación», no más de situaciones de «subdesarrollo» sino de estructuras de «dominio» y «explotación». Estudia en particular el aporte de Enrique Dussel (filósofo argentino residente en México) a la teoría de la dependencia, y sobre el que M. Moreno realizó su tesis doctoral en filosofía.

En el capítulo final (VIII) titulado «La filosofía, entre la opresión y la liberación», el autor expone su idea de la función primordial de la filosofía necesaria en esta situación global.

Sólo una filosofía llevada a cabo desde el Sur (no necesariamente desde el punto de vista geográfico, pero sí desde una óptica comprometida, compasiva y fraterna para con el empobrecido) puede satisfacer las notas propias de aquello

Los dogmas laicos de hoy

creado por los griegos y definido como amor al saber y al bien.⁵ Por otra parte, sólo una filosofía en la que el papel de «ciencia primera» lo lleve a cabo la ética y no la gnoseología, será capaz de dar cabida a la dignidad del hombre y su subsiguiente defensa. Sobre esto M. Moreno ve absolutamente necesaria la «destrucción de la ontología occidental» como substrato metafísico de los fenómenos de explotación que ahora analizamos. Esto constituirá no una versión filosófica postmoderna, sino «metamoderna», no opuesta a lo mejor de la modernidad y yacente en los débiles tópicos postmodernos, sino aprovechadora de ella y pretendiendo la superación de sus limitaciones por medio de una nueva alternativa radicalmente humanista. Se trata de nuevo del proyecto de Mounier: rehacer el renacimiento en clave personalista.

En definitiva, M. Moreno denuncia la sangre derramada del hermano empobrecido, describe la actua-

lidad económica y cultural con rigor intelectual y valentía frente a los tópicos encomiables, manifiesta la dignidad de aquel prójimo oprimido y explotado, critica el reformismo intelectual y su complicidad con el desorden establecido, y nos propone además de una filosofía de y para la liberación, un cambio de mente (metanoia) y, lo que es imprescindible, un cambio de voluntad (metaboulia), lo que los antiguos mexicanos (nahuas) asumían como una de las metas de su sistema educativo: la humanización del querer.⁶

Notas

1. Para un lúcido análisis de este asunto ver *El hombre como persona*, Mariano Moreno Villa, Colección Esprit, Caparrós Editores, Madrid 1995, Cap. VI.
2. *Manifiesto al servicio del Personalismo*, E. Mounier, O.O.C.C. Edit. Sigueme, Salamanca 1992, pág. 638.
3. A la metafísica tradicional aplicada por estos pensadores le es imprescindible el recurso a lo «no-yo» pero se caracteriza esta necesidad como accidental y, por lo tanto, como no esencial. Tal fenómeno lo podemos encontrar desde Aristóteles, pasando por Descartes y llegando al contemporáneo pensamiento económico.
4. Ver *La lucha por la justicia en la conquista de América*, L. Hanke, Colegio Universitario de ediciones, Istmo, Madrid 1988.
5. Ver *Humanismo del Otro Hombre*, E. Lévinas, Colección Esprit, Caparrós Edit., Madrid 1993; donde Lévinas plantea que la cima de la filosofía platónica es su llegada a un extremo ético, la idea de bien, como culmen de la sabiduría.
6. Ver *El hombre en el pensamiento religioso náhuatl y azteca*, Mercedes de la Garza, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F. 1990.